



CARLOS GERMÁN BELLI

TRECHOS DEL ITINERARIO MISTRALIANO

*A la memoria de mi hija
Mariella Belli de Lancellotti*

Gabriela Mistral, visitada y leída. Sí, en efecto, he llegado hasta su lugar natal y he repasado sus versos más extraños. En realidad, no aquilataba esta redonda experiencia, porque siempre he creído que es suficiente conocer al autor únicamente por su escritura, y que el visitar su mismísimo lugar de nacimiento era un hecho secundario. Sin embargo, sea como fuere, percibo ahora que mi itinerario mistraliano es completo, como si lo hubiera cumplido de pe a pa. Si además de la lectura, hay también el conocimiento de la patria chica del escritor admirado, que enhorabuena ocurra, pues tal cosa es algo especial para cualquier lector.

Son aproximaciones entre sí diferentes, aunque hoy creo que constituyen una indivisible relación literaria, más rotunda que la solitaria lectura en un gabinete de trabajo o en una biblioteca pública. Resulta que al libro, que es el receptáculo de los poemas, se unen entonces los lugares emblemáticos del autor. Dos eslabones que vinculan más al lector con este. Y no es frecuente que se produzca tal cosa, pero así ha sido mi aproximación a la poetisa chilena, ya que antes solo pensaba en el propio acto de leer sus versos, y nada más que ello.

Pues bien, sin proponérmelo, mejor dicho, como algo llovido del cielo, un buen día primero me hallo en el valle de Elqui, lugar donde nació Gabriela, y posteriormente discurro también por la ciudad italiana de Rapallo, incluso delante de la casa en la que ella residió. Estos recorridos, sin duda inusuales, se van a completar con los decisivos tránsitos por las páginas de sus libros. El lector le estrecha la diestra con efusión al visitante, que en cierta manera han juntado la vida y la obra de la escritora objeto de su interés. Y ahora sí, no por casualidad sino deliberadamente elijo un puñado de versos para releerlos, los cuales todos son de tema escatológico, pero digámoslo directamente: relacionados con la ultratumba. He aquí, el extremo de los extremos: por un lado, dos puntos del mundo terrenal ante los ojos corporales, y, por otro, el mundo sobrenatural apenas vislumbra-do por los ojos del espíritu.

Fue en septiembre de 1989 (por generosa recomendación de Pedro Lastra, fui designado miembro del jurado de un concurso en torno a Gabriela Mistral, conmemorando los primeros cien años de su nacimiento. Los otros miembros eran los escritores chilenos Roque Esteban Scarpa y Gastón von dem Bussche, así como la poetisa argentina Tamara Kamenszain. En dicha ocasión, en compañía de ellos, visité el valle de Elqui), cuando después de una justa en torno a Gabriela Mistral, los miembros del jurado tuvimos la oportunidad de visitar el valle de Elqui, legendario por haber nacido allí la poetisa cien años antes. (Falleció en las antípodas, en Nueva York, el año 1957). Su lugar natal está enclavado en el corazón de los Andes, aunque sospecho que el escenario no es tan recóndito ni tan elevado como el igualmente célebre Santiago de Chuco de nuestro Vallejo. Primero fuimos a Montegrande, una pequeña aldea donde quiso ser enterrada por haber sido feliz en ese lugar; luego llegamos a Vicuña, que fue su cuna en realidad. Allí, en el remoto valle de Elqui, donde vivirá hasta adolescente, vio

la primera luz, aprendió las primeras letras, escribió sus primeros versos y dictó sus primeras clases.

Gabriela era pues una maestra rural, y lo era por sus cuatro lados, pues también lo fue su padre y varios familiares más. Pero ello quedará eclipsado gracias a su vocación por la poesía, que le cambiará la vida enteramente. Es así que la sedentaria y tímida moradora andina pasará a ser una nómada cosmopolita, por añadidura elocuente según veremos más adelante. Porque al ganar unos Juegos Florales, alcanza nombradía en el ambiente literario chileno, la llaman entonces de México para apoyar allí la reforma educativa, y finalmente en 1945 obtiene el Premio Nobel, convirtiéndose en el primer escritor latinoamericano que recibía esta distinción universal. Forma parte del servicio diplomático chileno, y precisamente en Rapallo, donde ella ejerció las funciones de cónsul, una vez en que hice allí una corta visita pasé casualmente delante de la casa en que vivió, y en cuyo frontis hay una placa muy visible indicando a todas luces tal hecho. (Poco tiempo antes mi hija Mariella había pasado delante de la casa de Gabriela en Rapallo, y prácticamente este hecho fue como un poderoso imán que atrajo mis pasos. El azar nos condujo a ambos: ella no sabía nada sobre el particular y yo llegué allí sin conocer la dirección, y creo que hasta de modo inconsciente). En suma, antes, el valle de Elqui; después, Rapallo. En verdad, finalmente lo aquilato, tal como debe hacerlo todo lector mistraliano que se aprecie.

La entrevistaron muchas veces (la periodista y profesora Cecilia García Huidobro Mc A. es autora de la obra *Moneda dura. Gabriela Mistral por ella misma* (García Huidobro [2005]), que constituye una suerte de «diccionario mistraliano», según lo define, realizado a base de una selección de 31 entrevistas de 53 recopiladas. Este útil libro es como una autobiografía, tal como lo evidencia el propio título, y nada dejaba en el tintero, sobre todo literalmente hablaba con el

corazón en la mano. Así solía referirse a sus ancestros quechuas, a sus preocupaciones sociales, a su repulsa del materialismo o paganismo contemporáneo, y más aún a cierta experiencia sobrenatural que la pinta de cuerpo entero. Entonces el enunciado de las ideas, el mero relato de la anécdota personal se convierte en la más entrañable de las confesiones, con respecto a algo literalmente excepcional. He aquí lo que la entrevistada cuenta: «Un día vi frente a mí a uno de mis muertos. Estaba ahí y yo no estaba dormida. Me apreté los puños, me restregué los ojos, me erguí de la cama; y ahí estaba eso. La tensión era imposible. No puedo resistir, dije. Y aquello estaba ahí. Mis muertos vinieron porque me vieron flaca de creencias». La entrevistada prosaica deja paso a la muerte, ni más ni menos, y a la par revela lo intenso de la religiosidad de Gabriela, y también permite al creyente acarrear a su propio reino interior la extraordinaria vivencia.

Queremos ahora completar nuestro itinerario mistraliano iniciado en dos parajes distantes y distintos, como alguien a la intemperie tal vez bajo el impulso del azar. Este par de visitas se empalmará con el acto de leer cuando repasamos un puñado de determinados poemas de tema escatológico, sin duda bajo la impresión de saber aquello experimentado por Gabriela al vislumbrar a uno de sus muertos amados, estando aún en el reino de los seres vivos. No es una composición aislada, aunque sí un buen número las que están ambientadas en el más allá, presentando unos difuntos entrañables y en circunstancias diversas. Constituye uno de sus temas preferidos y, por añadidura, presente desde cuando era joven. Por tal motivo hasta resulta fácil optar por los poemas, y elegir el de Eva enamorada, el del amor filial y el de la amistad.

Romelio Ureta se llamaba el enamorado de la joven Gabriela, quien se suicida no por ella, sino angustiado por unas deudas contraídas. Él le inspira los tres «Sonetos de la

muerte» (Mistral [1922]), escritos en alejandrinos, con los que gana su primer lauro. Es la escritora posmodernista que el dolor la convierte —ojalá que no me equivoque— en una expresionista a ojos vistas, y, más aún, en una tremendista a carta cabal. Los victoriosos sonetos sobrepasan la convencional elegía, pues el hablante poético desde el verso inicial se sitúa en la ultratumba y allí entonces dialoga con el ser querido. En el primer soneto, es el descenso de Eva en lo insondable, para que ninguna mujer le dispute los huesos de su Adán; en el siguiente, se deja enterrar al lado de él, para así hablarle eternamente; y, en el texto final, le impetra al Señor para que lo salve de las manos del sino fatal, y se lo devuelva a ella. Creo que una secuela temática de los tres sonetos es la breve composición titulada «Los huesos de los muertos» (Mistral [1922]), donde el hablante poético proclama que la mortal osamenta resulta más poderosa que la carne de los vivos.

Enseguida, en «Lápida filial» (Mistral [1938]), Gabriela se ubica al pie del nicho de su madre, y no le habla directamente a ella, sino que lo hace de modo muy extraño como es a las diversas partes corporales de su progenitora difunta, con las cuales ha tenido una relación estrechísima. Así, de tal modo, sucesivamente le dirige la palabra a los pechos que la amamantaron, a los ojos que la miraban, al regazo que la calentó y a la mano que la tocaba. El objetivo es para rogar a Cristo que cada parte resucite y alcance la plenitud de las grandes madres universales.

El amigo no queda olvidado en esta perspectiva escatológica, y es el admirado colega con quien está vinculada únicamente a nivel epistolar. Tal es el caso de Amado Nervo, cuya muerte le inspira otro profundo tránsito por la ultratumba, aunque los dos nunca se hayan visto acá. Bastaba el ser colegas literarios y, sobre todo, sentirse unidos por un análogo espíritu religioso. Mistral le habla a Nervo como si fueran hermanos de padre y madre, si bien en rea-

lidad huérfanos, que han ido solos por el mundo terrenal, como lo confiesa (el poema se llama «In memoriam», *Mistral* [1922]).

Porque no suelen ser frecuentes estos recorridos —a través de los parajes y los poemas emblemáticos de un autor—, por ello nos complace sobremanera el haber estado en el valle del Elqui y en Rapallo, y repasar las composiciones más raras de nuestra poetisa, lo cual, sin duda alguna, al más pintado lo deja de una pieza. Por un lado, llegar hasta allí merced a la casualidad, y, por otro, el leer ciertos textos de temas de veras inusuales, que todo resulta una experiencia literaria singular. Así, la conjunción del suelo y del cielo, que lo primero lo vivió Gabriela y lo segundo su estro lo imaginó con la fuerza del amor, el dolor y la fe más absoluta, alimentada desde niña cuando solía leer la Biblia, y como lo prueba más tarde el ser miembro de la Orden Tercera de San Francisco. Por cierto, hay otros lugares en su vida y muchos otros versos de temas diferentes en su obra, pero nos quedamos con lo que hemos visto y leído, puesto que es un privilegio el haber llegado a los Andes y al Mediterráneo; y también coronar el más allá, aunque sea mentalmente, bajo la guía de ella.

